

# La risa de Lina

Katja Henkel



Ilustraciones de  
Sybille Hein

Traducción del alemán de  
María Esperanza Romero

**S**iruela

Las Tres Edades

*Para todas las arañas del mundo*



Primera parte

# Capítulo 1



Sentada sobre el contenedor de la basura, Lina miraba a las musarañas. El sol bañaba su corto pelo castaño, los pájaros trinaban y las flores perfumaban el jardín. Pero Lina estaba de malhumor.

Otro martes de esos, pensó. Los martes eran aburridos. Y eso no quiere decir que los demás días no lo fueran, pero los martes le resultaban especialmente pesados, pues, de un tiempo a esta parte, ese día Yuta la arrastraba al museo de etnología. Llevaba unas cuantas semanas haciéndolo.

Lina, que no era tonta, sabía perfectamente por qué lo hacía. Yuta se pasaba todo el rato en la tienda del museo lanzando encendidas miradas al chico de la caja. Pero ¿de qué sirve saber una cosa, si no puedes remediarla? ¿Si los padres constantemente toman decisiones sin contar contigo creyendo además que es lo mejor para ti?

Lina se bajó un calcetín para tenerlo bien arrugado y abultado a la altura del



tobillo. El otro lo dejó tal cual. Observó sus delgadas piernas morenas y le gustaron más de esa manera, con un calcetín arriba y el otro abajo; al menos así no tenían un aspecto tan aburrido. Suspiró hondo. Ni siquiera sus calcetines eran rebeldes, no se bajaban ellos solos, como Dios manda.

Se diría que en la vida de Lina todo marchaba a pedir de boca. Por las mañanas su padre, antes de ir a la oficina, la llevaba con el coche hasta la entrada de la escuela, le alcanzaba la mochila y le ayudaba a colocársela. La mochila pesaba mucho, como si alguien, por pura maldad, la hubiera llenado de ladrillos. Su padre, sin embargo, no parecía darse cuenta. Tampoco se enteraba de que, cada vez que Lina se levantaba del asiento con la mochila a cuestas, se tambaleaba un poco, como si luchara por no perder el equilibrio, porque la cantidad de libros, cuadernos y atlas que cargaba amenazaban con tirarla hacia atrás. No, su padre se limitaba a mandarle un beso con la punta de los dedos y, luego, a salir disparado, con los pensamientos ya en otra parte.

Su madre tampoco se daba cuenta de nada porque por la mañana no salía de casa, se instalaba en su despacho y ayudaba a personas que venían a verla para consultarle sus problemas. A menudo entraban con ojos llorosos y salían sonrientes. Pero muchas veces era justo al revés. Y había quien lloraba antes y después de haber estado dentro. Eso probablemente quería decir que las cosas no iban bien.

Por lo que Lina sabía, su madre no hacía otra cosa que hablar con esas personas. Y escucharlas. Cuando pasaba por delante de la puerta, a veces oía murmullos

o sollozos, pero nunca palabras. Estaba segura de que toda esa gente estaba chalada. Y a su madre le pagaban por tratar de remediarlo.

A Lina le encantaría coger el autobús por las mañanas, aunque tuviera que cargar durante más tiempo con la mochila de marras. Al fin y al cabo ya ha empezado la ESO y es lo suficientemente grandecita como para que su padre la tenga que acompañar hasta la puerta de la escuela. Pero tanto para él como para su madre ella sigue siendo la niña pequeña. Y, en efecto, es la menor de la clase porque el año anterior sus profesores decidieron cambiarla al curso superior al ver que las clases le resultaban demasiado fáciles y por considerar que podía rendir más.

Aunque no ha ido nunca en el autobús escolar, Lina se imagina que debe de ser algo muy emocionante. Risas, intercambios de merienda, niños copiando frenéticamente las tareas, miradas conspirativas entre amigas, chicos fanfarroneando para llamar la atención de una chica...

¿Y Lina qué? Lina tiene que ir en el confortable coche de su padre al que, según ella, no le interesa nada que no sean las noticias. El día entero parece girar en torno a ellas. Por las mañanas, durante el desayuno, ya pone la radio en la cocina para escucharlas, luego por nada del mundo puede perderse el resumen de prensa, aunque Lina sigue sin entender de qué le sirve. En cualquier caso, el dichoso resumen empieza siempre a la misma hora y su padre incluso aparta el periódico (en el que también lee noticias) y le pide a su madre, sentada al lado de la radio, que suba el volumen.

**¡Son las siete y media!  
¡Las noticias!**



Luego en el coche vuelve a oír noticias. Y cada cierto tiempo suelta un «chiss, calla un momento» y sube el volumen; Lina por su parte juraría que nunca dicen nada que no hayan dicho una hora antes. Una vez incluso se lo comentó, y su padre primero la miró sorprendido y luego se rio e hizo lo que ella más odiaba que hiciera por las mañanas, le desordenó el pelo y dijo: dentro de unos añitos lo entenderás. Lina odiaba esa frase casi tanto como el propio gesto.

Después de las clases –y desde que tenía nuevos compañeros de curso el tema escolar le resultaba tan desagradable que prefería no pensar en él– sus compañeros subían al autobús, iban en grupo a tomar un

helado o se reunían en la parada; a ella, en cambio, la venían a buscar, Yuta o su madre. Puede que Yuta fuera simpática, pero Lina tampoco hacía esfuerzos por descubrir su simpatía.

En realidad, de un tiempo a esta parte, Lina no se esforzaba en nada. Ni en la clase de violín ni en la de yoga. Ni en las clases particulares de matemáticas, que sus padres se empeñaban en que tomara porque hacía poco había llegado a casa con un cero; aunque todo fue por un malentendido. El cero no se lo habían puesto por no saber matemáticas; lo que pasó es que el día del examen se había sentido tan triste que de repente se le armó un galimatías de números en la cabeza. Además, la profesora la miraba todo el tiempo como enfadada, con esa cara tan llena de arrugas que Lina, en más de una ocasión, quiso preguntarle por qué no se las planchaba un poco de vez en cuando.

Por cierto, sus padres no se enfadaron por el cero, solo se preocuparon. Su madre la abrazó con fuerza y le dijo:

–No vayas a llorar, morritos.

Y eso que Lina no había sentido para nada la necesidad de llorar. Además ya le había dicho cien veces, o más, que no quería que la llamase «morritos».

–Y no te olvides de respirar –había dicho su madre–. Respirar acompasadamente. Aspirar y espirar. Aspirar y espirar. Es muy importante.

El caso es que sus padres llamaron a la escuela inmediatamente para preguntar si Lina tenía problemas y si les podían recomendar un profesor particular. Desde entonces el chico venía cada jueves, aunque hasta



ahora nunca le había explicado a Lina algo que ella no supiera. Pero a él le daba lo mismo, se pasaba el rato jugando con su teléfono móvil mientras ella resolvía un problema tras otro.

Lina balanceaba las piernas, luego aceleró el ritmo haciendo chocar los pies contra el contenedor de la basura, lo hizo repetidas veces y cada vez más rápido hasta producir un verdadero redoble de tambor. Como era de esperar, al poco rato su madre asomó la cabeza por la ventana y dijo:

–Lina, morritos, seguro que puedes divertirte haciendo un poco menos de ruido. Sabes que estoy trabajando. Gracias por tu comprensión.

¿Qué comprensión?, pensó Lina. Esta y la de cómo debía respirar eran las frases preferidas de su madre. Constantemente estaba dando las gracias por una comprensión que nadie le había ofrecido. Pero Lina moderó el ruido que hacían sus piernas chocando contra el contenedor. De todos modos no se divertía. En el preciso instante en que calculaba cuánto tiempo hacía que no se reía con ganas, Yuta salió por la puerta, lista para la visita al museo de etnología.

Yuta era bastante mayor, debía de tener al menos veinticinco años, aunque no lo parecía, a juzgar por cómo se comportaba siempre. Estudiaba pedagogía –cosa que su madre valoraba mucho–, y se ganaba un dinerito ocupándose de Lina tres tardes a la semana.

Para eso se había enfundado hoy su ropa de combate. Sandalías con tacón alto, una minifalda ondeante y unas pestañas largas de un color negro azabache que Lina, por más que lo intentaba, no lograba explicarse. ¿De dónde



habían salido de repente semejantes pestañas? Mientras Yuta se le acercaba taconeando, Lina se preguntaba por enésima vez por qué todos, salvo ella, hacían como si comprendieran. Por qué sus padres hacían como si nada y no le preguntaban a Yuta por qué iba maquillada y con tacones al museo de etnología.

–Ven, Lina, date prisa –dijo Yuta con voz de pájaro y cara radiante de felicidad–. Se nos hace tarde.

¿Para qué?, quiso preguntar Lina, pero se mordió la lengua.

–Jolín, Lina, ¿por qué tienes que poner siempre esa cara agria? Un día se te quedará así para siempre. En-

tonces parecerás una vieja arrugada y fea. No te gustaría, ¿verdad que no?

¡Y se supone que esta estudia pedagogía..., ciencias de la educación! A Lina le habría gustado que su madre escuchara lo que ella acababa de oír porque seguro que mandaba a Yuta a paseo, y entonces, adiós a la visita al museo de etnología. Porque para su madre lo importante, según decía siempre, era animar al otro con comentarios positivos. Y esto de positivo no tenía nada, aunque saliera de una boca sonriente.

–En fin, no es indispensable hablar si no quieres –masculló Yuta subiéndole, sin avisar, el calcetín izquierdo.

En ese instante Lina tomó la decisión de no volver a usar calcetines hasta la rodilla. En cualquier caso, a sus casi doce años ya era demasiado mayor para seguir llevándolos, dijera lo que dijera su madre.